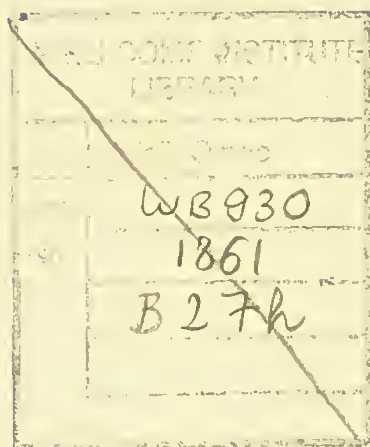
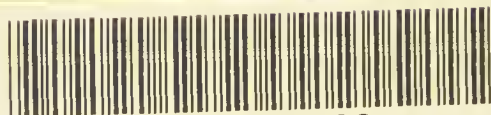

WB830
1861
B27h


22501312102

LA HOMEOPATIA.

LA HOMEOPATIA,

O

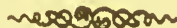
JUICIO CRITICO

SOBRE ESTE NUEVO MEDIO

DE ENGAÑAR A LOS CANDIDOS,

POR

Gavino Barreda.



MEXICO: 1861.

TIPOGRAFIA DE NABOR CHAVEZ,
Calle de la Canoa núm. 5.

HOMEOPATIA.

Hace apénas unos ocho ó diez años que el nombre de HOMEOPATIA era casi totalmente desconocido entre nosotros, á no ser para aquellas personas que por su profesion estaban obligadas á conocer los distintos métodos de curar; pero de poco tiempo acá este nombre se halla en boca de todos, pronunciado casi siempre con cierto calor, aunque por distintos y contrarios sentimientos: los unos elevándola sin límite ni discrecion, y los otros abatiéndola. Siempre estableciendo comparaciones entre ella y la medicina comun, con objeto de hacer prevalecer cada uno su opinion, ora favorable, ora contraria á la homeopatía.

Sin embargo, cuando se detiene uno á escu-

char los fundamentos de uno y otro partido, no halla en lo general otra cosa que lugares comunes, aserciones gratuitas, hechos incompletos y mal interpretados, y una falta absoluta de datos racionales para poderse erigir en jueces de una materia sobre la cual se tiene una profunda y total ignorancia; pero que interesando vivamente el bienestar individual y el de la familia, no puede menos de ocuparnos con frecuencia. Y pues que cada uno está llamado á ser juez en su propia causa, bueno será que pueda con facilidad proporcionarse los datos precisos para pronunciar un fallo en que la razon y no la pasion haya de imperar.

El deseo de cooperar á esta obra de ilustracion, es únicamente el que ha puesto la pluma en mi mano, persuadido de que el charlatanismo no se combate eficazmente sino con la difusion de las luces, y de que la ignorancia ó las nociones incompletas y vagas, constituyen el medio en que forzosamente tiene que vivir, el cual estrechándose en razon directa de la verdadera ilustracion, acabará por hacer casi imposible la ecsistencia de esa hidra, que combatida de otro modo, brotará cien cabezas por cada una que se le quiera cortar.

Voy, pues, á esponer brevemente, pero con esactitud y con cuanta claridad me fuere dable,

los principales fundamentos de esa nueva cabeza del mónstruo, á la cual se ha dado el nombre de homeopatía.

Bien conozco que mi débil voz, y aun la evidencia misma, se estrellarán contra la pasion de ciertas gentes por todo aquello que se presenta cubierto con el velo del prodigio y de la novedad; no se me oculta que á despecho de todas las razones que pudiera yo alegar, gran parte del público seguirá todavía siendo víctima de la superchería que, no tienen otra habilidad que la de prometer, con una impudencia que asombra, toda clase de curaciones, armados siempre de las mas fútiles y pueriles disculpas, para el caso de que el resultado sea funesto; ni otra ciencia que la de esplotar con una sagacidad no menos sorprendente, los errores, ciertos ó supuestos, de los médicos, de que andan siempre á caza, no dejando jamás de imputar al arte los errores del artista, como si la ciencia fuera responsable de los yerros de los que la cultivan; como si porque una suma esté mal hecha se debiera poner en duda la esactitud de las matemáticas. Sé muy bien que contra estos y otros obstáculos no menos poderosos, tendré necesariamente que luchar; pero me anima la esperanza de contribuir en algo con mis débiles fuerzas á acelerar el triunfo de la verdad, contra el cual

luchan las preocupaciones y la educacion, pero que debe forzosamente llegar, porque sucede con la verdad lo que con un trozo de madera que se quiera mantener con la mano debajo del agua: el brazo que le sujeta llegará á fatigarse, y aquel vendrá á flotar á la superficie.



ESPOSICION

DE LA DOCTRINA HOMEOPATICA.

A fines del siglo pasado, un médico de Berlin llamado Samuel Hanhemanu, publicó un libro que intituló Organum del arte de curar (1) en el cual, despues de mil diatrivas contra la medicina y contra los médicos, propone un nuevo método de curar las enfermedades; el cual consiste, segun su idea, en producir por medio de las sustancias medicamentosas una enfermedad idéntica á aquella que se trata de curar, con lo cual desaparecerá desde luego la enfermedad

(1) Este libro escrito primitivamente en aleman, fué traducido en 1832 por Jourdan, bajo el título de Exposition de la alvetrine médicale homéopathique, 1 v. im. 8. °, Paris, 2me. edic. 1834.

natural, quedando solo la artificial, que á su vez tambien cesará luego que cese la administracion del medicamento que le ha dado orígen. Esta es la idea fundamental de Hanhemam, luego entraremos en los detalles de su aplicacion y desarrollo; notemos solamente desde luego, que aquí se trata de producir una enfermedad igual á la enfermedad primitiva, con objeto de que esta última desaparezca y de aquí el acsioma *similia similibus curantur* (1) de la nueva escuela, el cual es absolutamente contrario al establecido por Hipócrates *contraria contrariis curantur*. De aquí tambien el nombre de homeopatia (de *omojon*, semejante, y *patos*) enfermedad que Hanhemam dió á la primera, llamando á la que desciende de Hipócrates, alopatia (de *allos*, otra, y *patos* enfermedad) Si el novador se hubiera limitado á esta variacion del dogma hipocrático, su doctrina, aunque falsa en la inmensa mayoría de casos, hubiera sin embargo tenido cierto barniz de verdad en algunos: así, al ver que un colirio aplicado en un ojo sano produce en la mucosa del ojo un enrojecimiento y una inflamacion evidente; pero que ese mismo colirio aplicado en un ojo que ya está préviamente inflamado, hace cesar en él la infla-

(1) Los semejantes se curan con sus semejantes.

macion y la cura: al ver que un purgante quita á veces la dicenteria ó la diarrea: que un cáustico (loco delenti) hace cesar los dolores de una nebralgia, (1) se ve uno naturalmente tentado á creer que de un modo general es conveniente producir un dolor para curar una afeccion dolorosa, determinar una diarrea artificial para curar las deposiciones, y causar una inflamacion para curar otra en el mismo órgano; y aunque en todos estos casos habria mucho que decir sobre la supuesta identidad entre la enfermedad primitiva y la producida por el remedio, pues el dolor de un vegigatorio nada tiene de semejante con el de una nebralagia, ni las evacuaciones producidas por un purgante, con las propias de la discenteria, ni la conjuntivitis ocasionada por un colirio, se parece á la inflamacion espontánea; (2) no obstante que todos estos hechos y otros análogos, han recibido otras esplicaciones mas racionales, y que la naturaleza de este artículo no nos permite referir aquí todavía, la doctrina de Hanheman hubiera conserva-

---

(1) Dolor nervioso.

(2) Ni seria tampoco conveniente que hubiese esa identidad, pues entonces seria bueno para curar una oftalmia purulenta en un niño, inyectarle en los ojos algunas gotas de pus blenorrágico, supuesto que de esta manera se produce en un ojo sano una inflamacion idéntica, lo cual seria no un remedio, sino una barbaridad criminal.

do, repetimos, un cierto barniz de verdad, si se hubiera limitado á volver al reves el acsioma *contraria contrariis curantur*, acsioma que por lo demas yo no trato de defender en todo el rigor de su significacion literal; pero la imaginacion ecsaltada del médico aleman, no pudo contenerse en tan estrechos límites, sino que sobre este primer cimiento, ya bastante endeble, construyó todo un edificio médico, amontonando hipótesis sobre hipótosis, no solo irracionales sino absurdas, y que tienen algunas ademas el inconveniente de ser de la naturaleza de aquellas que no pueden ser ni confirmadas ni desmentidas por la esperiencia y la observacion, sino que están destinadas por su misma naturaleza, á permanecer siempre en el dominio de la pura imaginacion, siendo por lo mismo inadmisible conforme á los sanos principios de la filosofia positiva.

Veamos, pues, cuáles son esas hipótesis.

La primera, despues de la que hemos indicado ya, es la de suponer que las enfermedades vienen de una *alteracion invisible é inmaterial en los órganos*, asercion que si bien es contraria á lo que cada dia enseña la esperiencia y la observacion, que en el mayor número de casos nos muestran la lesion orgánica al lado del síntoma, tiene sin disputa la ventaja de dispensar

al que la profesa, de un estudio á la vez penoso, lento y difícil, cual es el estudio de la anatomía normal y patológica, lo cual sin duda es no corto aliciente para los que desean improvisarse *Doctores en medicina.*

La segunda hipótesis fundamental de la homeopatía establece: que los medicamentos deben obrar con tanta mayor energía, cuanta mas pequeña sea la dósis que de ellos se administre, y de aquí el precepto de propinar dósis infinitamente pequeñas bajo el pretesto de que, siendo el orígen de las enfermedades una *alteracion inmaterial* del *principio inmaterial* que preside á los actos del organismo, no se requiere que el medicamento tenga una forma material sensible para que pueda obrar sobre aquel, y antes bien la sustancia medicamentosa, á fuerza de fraccionarse se acercará mas y mas al estado inmaterial, y haciéndose así cada vez mas semejante al principio sobre el cual debe ejercer su accion, gana en energía lo que pierde en materia. De manera que en rigor, lo mas acertado seria, segun esto, no administrar remedio alguno, porque cualquiera que sea el grado de division á que se lleve la materia, nunca podrá establecerse entre esta y el espíritu, no digo ya una identidad, pero ni la mas remota semejanza, y la *intencion* de dar un medicamento ó de recibir-

lo, debia ser infinitamente mas eficaz, porque este acto del alma debe tener mas afinidad de naturaleza con ella misma, que esas dósis fabulosamente diminutas que los homeópatas propinan tan pomposa como irracionalmente.

Para que se tenga una idea del punto á que ha podido llegar la ecsageracion sistemática de la hipótesis que nos ocupa, voy á referir el modo con que en sentir de la homeopatía se deben preparar los medicamentos para que adquieran su último grado de actividad curativa: Tómese un grano de una sustancia medicamentosa cualquiera (de ópio p. e.); disuélvase en noventa y nueve granos de agua destilada, perfectamente pura, teniendo cuidando de agitar el líquido: tómese luego un grano de esta primera solucion, y disuélvase de nuevo en otros noventa y nueve de agua con las mismas cualidades y precauciones que en la vez anterior, y se tendrá el medicamento en su segunda *dilucion*, en la cual cada grano del líquido obtenido contiene la diezmilésima parte de la sustancia activa primitiva (del grano de ópio en nuestro caso). El lector cree sin duda que ya con esto el ópio habrá quedado suficientemente diluido para contentar la susceptibilidad de los señores homeópatas, supuesto que administrando dicho líquido por gotas, una cada hora, se necesitaria emplear cer-

ca de catorce meses para llegar á consumir el grano de ópio.... pues nada menos que eso, se necesita todavía repetir la operacion unas veintiocho veces mas para lograr así la treintava dilucion, en cada gota de la cual hay disuelta una fraccion de grano cuyo denominador seria representado por un uno seguido de sesenta ceros 1.00000000000000000000000000000000000000 0000000000000000000000.

Hanhemann creyó que eran ecesario detenerse aquí para NO AUMENTAR indefinidamente la fuerza del medicamento: porque *con escepcion del vino y el alcohol, todos los otros remedios, en vez de debilitarse, adquieren mas fuerza cuando se diluyen en un líquido* (p. 324). Pero sus discípulos han osado llevar la *atenuacion* (1), y por consiguiente la formidable actividad de las medicinas hasta un grado que escede los límites de la imaginacion: así Korsakoff (de San Petersburgo) aconseja hacer mil quinientas diluciones, con cuya série de operaciones se llega á una fraccion que no tiene nombre en ningun idioma, y que ecsigiria tres mil ceros para ser representada. ¡Una gota de láudano disuelta en toda el agua de los mares, daria todavía una

(1) *Atenuacion* el término técnico con el cual como se vé, el buen sentido ha triunfado de la idea sistemática, haciéndoles decir lo contrario de lo que quieren espresar.

solucion infinitamente mas concentrada que la que por este medio se llegaria á obtener! (1)

Pero me equivoco al decir que Korsakoff ha ido mas allá que el mismo Hanhemann, porque éste ha previsto el caso de una persona muy súceptible, y entonces aconseja: que se haga respirar al individuo en un frasco que contenga un globulito del tamaño de un grano de mostaza mojada en un líquido medicinal (30 va. dilucion) "Despues que el enfermo ha olido, se vuelá tapar el frasco, y puede así servir por muchos años sin *perder sensiblemente nada de su virtud medicinal.*" [p. 323]

Sin perder nada de su virtud medicinal!.... ¡Ya lo creo! sobre todo, si se trata de medicamentos como el carbon, la siliza ó la platina, tan fijos como insolubles, pero que tan fecundos se muestran en resultados en los libros de los homeópatas, como veremos adelante.

La fuerza, dicen, que en cada dilucion adquiere el remedio, no depende solo de su dilatacion en el agua, sino del frotamiento que se le

---

(1) Porque si suponemos una esfera líquida cuyo radio fuera igual á dos veces la distancia que hay del centro de la tierra á la luna, todavía esta inconcebible masa de agua bastaria apenas para poder contener un grano de medicamento en su treintava atenuacion, es decir, en aquella que solo necesita sesenta ceros para ser espresada; ¡qué será entonces con la de tres mil!

hace esperimentar al agitarlo. Hanhemam, por lo mismo no quiere que se den á cada uno de los treinta frascos mas de *dos sacudidas, levantando el brazo en el alto y bajándolo con fuerza,* para no aumentar la energía del remedio *mas allá de todo límite.* (p. 325)

La *atenuacion* homeopática puede hacerse tambien por la via seca, empleando polvo de azúcar (1) en vez de agua, en las mismas proporciones que se han indicado y teniendo cuidado de triturar nada mas por el espacio *de una hora* en cada mezcla, para que el *veintillonésimo* de grano del remedio que ha de contener cada *glóbulo* que se haga en la última atenuacion, *no adquiera una actividad escesiva y peligrosa.* [l. c.]

La tercera hipótesis supone, que todos los medicamentos administrados en las dósis infinitamente pequeñas de que hemos hablado, producen un conjunto de síntomas constantes, inequívocos y característicos, que son los mismos que están destinados á curar de un modo infalible.

Aquí el genio inventivo del ilustre aleman se

---

(1) Los homeópatas han elegido para este fin el azúcar que se estrae de la leche, no porque ella tenga alguna accion especial, pues como hemos visto, lo que se busca es vehículo inerte, sino provablemente porque ese azúcar tiene algo de estraordinario á los ojos del vulgo.

ha elevado á una altura que puede rivalizar sin desventaja con el que fué necesario para discurrir las dósis infinitesimales. Basta leer la larga lista de los medicamentos, y de los efectos que dizque cada uno de ellos produce, para acabar con la mas robusta fé del mas entusiasta adepto, siempre que aun conserve un resto de su razon, y que quiera usar de ella en conciencia.

Yo no impondré al lector tan enojosa obligacion, y solo referiré dos ó tres que podrán servir para formarse una idea de los demas que tengo por precision que omitir:

Acetato de magneso, fracciones en el músculo *biceps*, (lagartillo) sensacion de desgarradura *en el dedo medio de la mano izquierda*, y de heridas en la espinilla derecha:

Carbon vegetal.--Se pone uno corto de vista á los tres dias de haber tomado el remedio; sobreviene un tumor en la frente, rojo y muy sensible; la encía se desprende de los dientes incisivos inferiores; palpitacion muscular en la parte superior de los músculos, mal humor, disgusto de vida:

Platina,—ruido en los oidos como de coches que pasan por un empedrado; si el alma está contenta, el cuerpo sufre, y viceversa. El primer dia despues de la administracion del remedio, se pone uno sombrío; el segundo todo se ve

color de rosa; elevada opinion de sí mismo; se ven á los demás de pequeña estatura, y uno se mira mas alto; se encuentra uno molesto, y le parece que no cabe en su habitacion, aunque ésta sea espaciosa." (Bigel). (1)

Despues de esta enumeracion indigesta de síntomas tan inconecsos, solo añadiremos por ahora que la platina y el carbon son cuerpos completamente insolubles, no solo en el agua y en los líquidos de la economía, sino aun en los ácidos mas concentrados, solo la agua régia es capaz de atacar la platina; pero ni aun esta tiene accion alguna sobre el carbon. ¿Cómo, pues, han de llegar estos cuerpos administrados por la boca, á ponerse en contacto con todos los demás órganos para producir esas maravillas?

En cuarto lugar, en fin, y para dar definitivamente en tierra con todo lo que en la medicina puede llamarse ciencia, Hanhemann no quiere que se vea en cada enfermo sino los síntomas que presenta; pero sin tratar de averiguar cuál puede ser la causa inmediata de esas alteraciones funcionales. porque seria generalizar, y Hanhemann tiene horror á las generalizaciones, pues esto seria convertirse en *halópata.* Un enfermo tiene p. e. dolor de cabeza y calentura:

---

(1) Ya daré al lector el medio de cerciorarse de la profunda falsedad de todo ese fárrago de síntomas.

que estos síntomas procedan de una simple indigestion, ó de una inflamacion del cerebro ó sus cubiertas, no hay para que quererlo averiguar, supuesto que para curarlo solo se requiere encontrar en el repertorio un remedio que esté marcado como propio para despertar el dolor de cabeza y calentura. Otro se presenta al médico con una mano hinchada y adormecida, y éste se echará luego á buscar el específico que tiene la propiedad de *hinchar* y *adormecer una mano*, cuando seria mas sencillo aflojar el brazalete que el enfermo acostumbra traer para contener el apósito de una fuente, y que esta vez se ha puesto mas apretado que de costumbre y ha ocasionado todo el daño.

Para que no se crea que estas suposiciones tienen nada de ecsagerado, voy á copiar una de las únicas observaciones que ha publicado Hanheman, en la cual se puede ver la profunda *simplicidad* de la medicina homeopática. Se pregunta al enfermo cuáles son sus padecimientos: se notan bien todos los síntomas que acusa, por disparatados que sean, y se busca despues la sustancia que á la dósis de un infinitísimo haya de producir un conjunto semejante y.... todo está hecho; la curacion es segura é instantánea. Hé aquí la observacion:

"S., de edad de cuarenta y tantos años, de "oficio lavandera, hacia tres semanas que se en- "contraba en la imposibilidad de trabajar, cuan- "do vino á consultarme: 1.° sentia punzadas en "la boca del estómago á cada movimiento, par- "ticularmente al levantarse, y *sobre todo, cuan-* "*do se tropezaba.* 2°, cuando permanece acosta- "da está bien, pues entonces no siente dolor ni "en el costado, ni en la boca del estómago, ni "en parte alguna: 3°, no podia dormir mas que "hasta *las ocho de la mañana:* 4.°, comia con "gusto; pero luego que habia concluido sentia "asqueado el estómago: 5.°, se le hacia agua la "boca y le escurria por los labios: 6.°, cada vez "que comia esperimentaba náuseas, pero sin re- "sultado: 7.°, esta muger es de un carácter vio- "lento é inclinada á la cólera. Cuando tenia "fuertes dolores, le corria un sudor muy abun- "dante." "Las demas circunstancias eran nor- males." [p. 420.] "En este caso, añade el A., la *brionia* estaba indicada, porque aun cuando hay otros remedios que pudieran producir algunos de los síntomas anotados, solo la brionia los produce todos, en efecto:" Ella ocasiona punzadas en la boca del estómago: cuando uno *se tropieza* y cuando levanta el brazo: ella permite que los dolores se calmen cuando está uno

acostado, y *no deja dormir mas que hasta las ocho de la mañana;* bajo su influencia come uno con gusto; pero luego se asquea el estómago, se hace agua la boca, y no tardan en venir bascas sin resultado; en fin, solo la brionia pone irasible el humor." (p. 420 y 421).

¡Qué imaginacion, Santo Dios! Pero prosigamos en calma. Despues de una accion tan matemáticamente idéntica del remedio con la enfermedad, ¿quién se sorprenderá al ver como remate preciso de la observacion, que la enferma tomó la formidable dósis de una gota de zumo de brionia, y que al dia siguiente estaba buena?

¿Querreis saber cómo los homeópatas han llegado á descubrir las maravillosas virtudes de cada uno de sus remedios?

De un modo muy sencillo. Se dá una dósis homeopática de la sustancia, cuya virtud curativa se quiere conocer, á una persona buena y sana y que no acostumbre ni café, ni vino, ni licor ninguno alcóholico; ó bien la toma uno mismo si se halla en las condiciones requeridas: despues se lleva nota esacta de cuanto cree uno sentir, por insignificante que parezca, y todo queda consignado como efecto de la sustancia administrada, en virtud del famoso acsioma *post hoc ergo propter hoc.* Como si porque una persona toma unas cuantas gotas de una solucion,

aun cuando realmente esté dotada de alguna actividad, fuera racional atribuir al medicamento todo cuanto pueda despues sobrevenir. Como si mil otras influencias no obraran continuamente sobre la economía animal para dar lugar en ella á multitud de fenómenos que de ordinario pasan sin que en ellos se pare la atencion; pero que luego que se fija uno en ellos, la imaginacion los abulta, ecsagera y multiplica de un modo increible. Como si el *mal* ó el *buen humor*, (1) los *sueños lúbricos*, las *tracciones en el músculo bseiceps*, la *facilidad para lastimar ó prodigar las injurias*, y otras lindezas que los homeópatas atribuyen tan pomposamente á sus heróicos remedios, no fueran cosas que vemos todos los dias en individuos que no han tomado ni la *platina*, ni el carbon, ni otro agente alguno apreciable!

Se requeriria que los defensores de estos portentos hubiesen hecho multiplicadas y bien conducidas esperiencias, en las que toda causa de error y de ilusion se hubiera elimitado; pero esto es precisamente lo que no han hecho, segun tendremos ocasion de ver mas adelante.

Ya un autor muy célebre, el ilustre Sauvage habia combatido en su Nosología metódica, ese

---

(1) Véase la página 18.

modo absurdo de sacar consecuencias: "Uno de los manantiales mas fecundos de errores, dice este sábio, es que se toma por causa lo que no, lo es; un fenómeno sobreviene despues de otro, luego es efecto de éste. Raciocinio tan comun como tan lastimoso.... Cuando llegan las golondrinas reverdecen los árboles; pero de ahí no se infiere que ellas sean la causa de esta vegetacion, aunque tambien sea cierto que esta cesa cuando aquellas se ausentan." Sanvage Nosol Method p. 198 y 199; tom. 1.° edic. de Lion 1772.)

Si, pues, no basta la coincidencia de dos fenómenos para decidir que hay entre ellos relacion de causa ó efecto ¿qué diremos de los que desde el fondo de su gabinete se erijan en legisladores de la naturaleza, sin tomarse siquiera la pena de asegurarse de que vienen con frecuencia, ya que no siempre, juntos los fenómenos, entre los que quisieren establecer semejante relacion?.... Hanhemann toma un dia un poco de sulfato de quinina, y cree sentir, ó da en efecto la casualidad de que de hecho siente algo semejante á los síntomas de la fiebre intermitente; y hé aquí que su ardiente imaginacion generaliza este hecho y queda establecido irrevocablemente el principio *los semejantes se curan con su semejantes,* aun cuando despues se

demuestre hasta la evidencia, como lo ha hecho Andral con numerosos é irrefragables esperimentos, que ni en altas ni en pequeñas dósis produce jamás la quinina cosa alguna que se parezca á los *frios*.

Réstame solo decir dos palabras sobre la curiosa *etiología* (1) que Hanhemann asigna á las *enfermedades crónicas*. Dejo desde luego pasar sin contradiccion, para que no se diga que me paro en pequeñeces, esa absurda distincion fundamental de las enfermedades en *agudas* y en *crónicas*, á pesar de que nadie ignora que la inmensa mayoría, si no todas las enfermedades crónicas, antes de revestir esta forma, han empezado por ser agudas, y entremos desde luego en materia.

Las enfermedades venéreas y la zarna, esas son las dos raíces vivaces que dan orígen á la infinita série de las afecciones crónicas. La *zarna*, sobre todo, inveterada y modificada de mil modos, *es la causa fundamental y verdaderamente productiva de las innumerables formas mórbidas que bajo los nombres de* (2) *debilidad nerviosa, histeria, hipocondria, manía, melanco-*

(1) Causa de las enfermedades.

(2) Hé aquí á Hanhemann, que tanto horror mostraba á la generalizacion, generalizando mas que todos los halópatas habidos y por haber.

lía, demencia, furor, epilepsia y espasmos de todo género, [reblandecimiento de los huesos ó raquitismo, escoliosis y cifosis, carie, cáncer, fungo, hematrides, tejidos accidentales, gota, hemorroides, tiricia, cianosis, hidropesía, gastrorragia, hematoria, metroragia, asma, supuracion de los pulmones, impotencia y esterilidad, jaqueca, sordera, catarata y amanrosis, arenillas, parálisis, abolicion de un sentido, dolores de toda especie, &c., &c., figuran en las patologías como otras tantas enfermedades propias, independientes y distintas unas de otras. (Organum n. 80).

En vano se busca en todo el libro de Hanhemann una sombra siquiera de prueba en favor de esta maravillosa accion protérforme de la zarna, en vano procura uno encontrar en esa disparatada lista de afecciones inconecsas, algun punto de contracto por el cual puedan referirse todas ellas á una sola causa: no se necesita ni haber saludado la patología para comprender que la *abolicion de un sentido* p.e., no puede depender siempre de una misma causa; que los *dolores de toda especie* reconocen tambien *toda especie* de orígenes: que la sordera, la catarata, la esterilidad y todas esas afecciones que se encuentran ahí acinadas, ni mas ni menos como en los anuncios de las píldoras de Holloway

y otros charlatanes de ese jaez, no tienen nada de comun con la zarna. Basta saber que la zarna es producida, como está hoy perfectamente demostrado, por un animalillo casi microscópico de la familia de las arañas, el cual caminando bajo la epidermis y enhuecándose en ella especies de galerías, da lugar á la insoportable comezon y á los demás síntomas de esta molestísima enfermedad; y que la muerte de estos bichos por medio de sustancias apropiadas, trae segura y prontamente la curacion radical de la enfermedad; basta, repito, tener siquiera noticia de estos hechos, hoy dia vulgarísimos, para desechar la ridícula etiología del novador aleman. Pero supongamos por un momento que ella sea esacta, que toda esa larga lista sea en efecto el inventario auténtico de los percances que lega la zarna á nuestra pobre especie; demos por cierto que todos esos males deban ceder á un tratamiento antipsórico bien dirigido, ¿la homeopatía tendrá por eso de que regocijarse? ¿podrá lisongearse de curar una sola de esas afecciones siquiera?

No, ni una sola, y antes bien debiera retirarse confundida, porque tan crecido como es el número de las formas que reviste la zarna, debe tambien ser el de sus decepciones en la práctica. Porque á nadie se puede ocultar que la

una enfermedad simple y reciente debe ser mas fácil de curarse, que la misma cuando es crónica y degenerada: ahora bien, habiendo la homeopatía mostrádose pública y solemnemente incapaz de curar la zarna legítima, simple y reciente, como veremos adelante, ¿qué títulos puede alegar para deber ser creida, cuando nos viene impudentemente ofreciendo la curacion de todas las terribles formas de esa enfermedad? Convengamos en que ha sido muy poco feliz asignando por orígen de tantos males, una enfermedad que por su desgracia se conoce hoy tan bien, y que la medicina ordinaria, la verdadera medicina, la *halopatía*, para hablar en el lenguage Hanhemiano, cura hoy radicalmente en el espacio de *dos horas*, y no en el misterio de la práctica privada, sino en los hospitales, á la luz del dia y públicamente.

He concluido la esposicion de las principales ideas que constituyen el fundamento de la doctrina homeopática: con frecuencia me he visto obligado á servirme de las propias palabras del fundador ó de los discípulos, que como Bigel, están universalmente reconocidos por legítimos y ortodojos homeópatas. Estas citas han sido casi indispensables, pues de otro modo hubiera podido creerse que yo ecsageraba de intento, cuando en realidad no he hecho mas que bos-

quejar con muy pálidos colores el inmenso cuadro de las aberraciones, á que una observacion inesacta y al parecer insignificante [1] ha llegado á dar orígen. Aquí debiera dar cima á este artículo, pues para el objeto que me he propuesto, que es poner al público y principalmente á los jóvenes médicos en actitud de juzgar con conocimiento de causa, de la homeopatía, basta con haber espuesto sus absurdos fundamentos. Pero yo creeria faltar á mi conciencia si no manifestase con franqueza y lealtad mi opinion en el particular.

La llamada *medicina homeopática*, no es ni puede ser una ciencia: ella no se apoya ni en las deducciones rectas de la sana lógica, ni en los resultados de una esperimentacion auténtica y bien conducida; ella es contraria á lo que dicta la razon natural, sin que nada venga á desvanecer en la práctica la estraña impresion que siente el ánimo á la sola enunciacion de sus acsiomas; ¿qué cosa, en efecto, mas contraria al buen sentido, que establecer á priori que una medicina ha de ser tanto mas eficaz, cuanto mas corta sea lo dósis que de ella se tome? ¿qué cosa mas irracional que querer curar una enfer-

[1] Las de haber tomado Hanhemann un poco de sulfato de quinina y creer que por ésto habia sentido síntomas de frios.

medad con aquello mismo que tiene la virtud de ocasionarla? ¿cuál idea mas empírica y antifilosófica, como la de querer curar síntoma por síntoma las mil afecciones de que la economía puede verse atacada? La sola determinacion, si ella fuera posible, de los medicamentos que pudiesen tener semejante propiedad, ecsigiria, no ya la vida de un hombre, sino la de muchas generaciones sucesivas, si la esperiencia habia de hacerse, como es de absoluta necesidad en tales materias, apartando en lo posible toda causa de error, y repiciendo las esperiencias en diferentes circunstancias y condiciones para no tomar por efecto de la medicina lo que fuera tal vez una simple coincidencia ó producto de la pura imaginacion, de modo que basta saber el tiempo cortísimo que ha gastado un solo hombre para componer lo que él llama *materia médica pura*, (1) para comprender que ella no puede ser el fruto de la esperiencia, sino parto de una imaginacion descarriada, ya que no impulsada por sentimientos innobles.

Pero se me dirá que nada es absurdo cuando es efectivo, y que si la homeopatía cura de hecho á sus enfermos, toda otra consideracion de-

(1) Es decir, repertorio de medicamentos, cuya virtud es producir y por consiguiente curar todos los síntomas que pueden presentarse.

be callar, y la razon no tiene mas que humillarse en presencia de los *hechos.*

No seré yo ciertamente, baconiano de corazon, el que venga á poner en duda la autoridad de los hechos; mas si en todas circunstancias debe contrastarse su esactitud con la mas prolija nimiedad, nada debe considerarse como demasiado cuando se trate de hechos que parecen contrarios á la razon, para no dejarse llevar de simples apariencias, en virtud de hechos poco auténticos ó mal interpretados; en cuyo caso, repetiremos con Didérot: *une désmonstration me frape plusque, cinquente faits, grace á l'xetrême confiance que j'ai en ma raison ma for si est plus á la mercie du premier saltimbanque.* (Didérot Penseés phylosof.) Descendamos, pues, al terreno de los hechos. juzguemos á los homeópatas en la práctica, y véamos si en efecto son de la clase de aquellos que Didérot temia que sorprendieran su fé.

Todas las veces que la homeopatía, abandonando el florido campo de la práctica privada, se ha lanzado en la arena pública haciendo esperiencias á la luz del dia y delante de personas inteligentes, ha tenido que abandonar la empresa corrida del funesto resultado de su arrogancia. En San Petersburgo, el consejo médico, despues de varias esperiencias, ha decla-

rado peligroso este método en *todos* los casos en que se necesita obrar, y en consecuencia, lo ha prohibido en todos los establecimientos que dependen del gobierno. (Gazette Méd. 1833 p. 569). En Nápoles, la autoridad, que habia dado permiso para el establecimiento de un hospital homeopático, ha tenido que retirar el permiso á los cuarenta y cinco dias de ensayo. (Sesion de la acad. de med. Marzo de 835). En Paris se emprendió en 1835, en la sala de M. Bailli en el Hotel Dieu, una série de esperiencias que no dieron resultado alguno favorable, retirándose al fin confundido el homeópata que los dirigia (l. c.) En Lyon, el Dr. Pointe puso treinta camas, de su sala del Hotel Dieu, á disposicion de M. Gueirad. Este, ecsaminó á los enfermos. les administró las dósis de los remedios, y les prescribió el régimen: á los diez y siete dias no volvió mas, atribuyendo su completo fiasco á los *miasmas del establecimiento.* (Gazette Med. 1835, p. 708 y 766). En 1849, varios miembros de la *sociedad hanemaniana*, segun refiere M. Gosset, hicieron en el Hospital de San Luis (Paris), un ensayo á todo su sabor en la sala de M. Bazin, sobre la cura de la zarna. Siete enfermos afectados de este mal fueron sometidos esclusivamente á la medicacion

homeopática, y en todos los siete los glóbulos homeopáticos se mostraron completamente ineficaces, á pesar de la perseverancia de los enfermos, á quienes fué preciso asignar luego una indemnizacion de un franco diario para que se decidieran á continuar la esperiencia, pues la comparacion que forzosamente establecian con sus compañeros, que diariamente salian curados por los métodos comunes, hacia que se rehusasen ya á continuar esperando siempre el decantado milagro. (Union Méd., Abril 17 de 1849). Dos meses despues, M. Tessier ponia en práctica el propio sistema en la Salpêre, en la epidemia del cólera; y los desastrosos resultados á que esta práctica dió lugar, llamaron la atencion de la autoridad, y M. Tessier tuvo que sostener una acalorada polémica sobre si el médico encargado de una sala tenia ó no facultad de emplear el método curativo que mejor le pareciese. Pero sin negar por esto los malos resultados obtenidos, aunque sí atribuyéndolos á causas muy diversas, como era de presumirse, no se hace creible que despues de hechos tan palmarios, en que la impotencia de la homeopatía ha quedado tan claramente demostrado, pudiese quedar un solo hombre de buena fé que creyese en esa pseudo-ciencia y en

sus imaginarios prodigios; pero los hechos sacados de la clientela particular, han sido siempre y serán el caballo de batalla de los discípulos de Hanhemann, y es que en efecto, en este terreno es casi imposible seguirlos, y no faltan jamás disculpas para los casos adversos, mientras que las trompetas de la fama están siempre prontas para encomiar sin cesar los favorables.

Pero no faltará quien diga que supuesto que hablo de *casos favorables*, es una prueba de que estos ecsisten, y en este caso la medicacion no es ni tan mala ni tan inerte como he querido representarla, supuesto que cuenta con hechos en su favor. Para responder á esta objecion, que es pura y simplemente un grosero sofisma, es necesario que precisemos con rigor los términos de la cuestion. Yo no niego que despues, ó durante la medicacion homeopática, un enfermo pueda sanar; lo que yo niego formalmente es, *que esta curacion*, cuando sobreviene, sea debida á la influencia de la medicacion, y no al curso natural de la misma enfermedad, ó á los esfuerzos de la naturaleza. Efectivamente, desde la mas remota antigüedad es sabido que un gran número de enfermedades se curan por sí solas, y que basta entonces dejar marchar las cosas sin hacer nada que pueda poner obstáculo á su evolucion natural, para que se restablez-

ca por sí solo el estado normal; y á esta manera de proceder se da el nombre de medicina espectante, que es la que de hecho vienen á poner en práctica los homeópatas si obran de buena fé, pues la administracion de un decilllonésimo ó de un veintillonésimo de grano, es rigorosamente no hacer nada,—lo cual no deja de ser útil en muchas circunstancias;—y bajo este punto de vista, Hanhemann no está tan lejos de entenderse con Hipócrates como él quiere aparentar, pues la medicina espectante es la que en el mayor número de casos aconseja el padre de la medicina; pero en él, este consejo era racional, franco y de buena fé, porque ignorando la causa del mayor número de enfermedades, careciendo totalmente de las luces de la anatomía patológica, y viendo, por otra parte, las indisputables curaciones espontáneas que se le presentaban con frecuencia, su confianza en la naturaleza llegó á ser casi ilimitada.

La naturaleza, dice, es el médico de las enfermedades; la naturaleza encuentra por sí sola las vias y los medios, no por inteligencia.... La naturaleza sin instruccion y sin saber hace lo que conviene, etc. Pero los homeópatas, aparentando poner en práctica una medicacion muy activa. no hacen positivamente nada, ni siquiera ayudar á la naturaleza como un *ministro obe-*

diente, que es lo que aconseja el padre de la medicina en los casos ordinarios, sino que dejan marchar el mal con la mas absoluta libertad, lo cual en un gran número de casos en que la esperiencia ha probado que es necesario obrar con actividad y energía, como en el cólera, la aplopegía, la inflamacion de los órganos esenciales á la vida, &c. &c., es no solo un error, sino un verdadero crímen, el cual se agravará no poco, si se tiene la insolencia de burlarse de la ignorancia del pobre paciente, agregando á la falta de medicina el uso de practicar ridículas é indignas de un hombre que no quiera pasar por un juglar, tal escomo quemar la cuchara de que se ha de hacer uso, ecsigir que el vaso sea nuevo y no haya servido nunca, y otras sandeces por ese órden, que suelen verse en esos lances.

De modo que si en los casos ligeros la medicina homeopática es simplemente una forma ridícula y dispendiosa de la medicina espectante, en la mayor parte de los casos graves es una práctica dañina y criminal.

Otras circunstancias hay tambien en que algunos de los adeptos hanhemianos suelen, como el grajo del apólogo, engalanarse con las plumas del pavo, lisongeándose de una curacion en que no han tenido la menor parte. Supongamos que un niño es atacado de fiebre con inflamacion de

las membranas que cubren el cerebro; que sobrevienen, como es natural, convulsiones, delirio y otras síntomas que anuncian la gravedad efectiva del mal: el médico (alópata se entiende), que conoce el inmenso peligro que corre el pequeño paciente, recurre, despues tal vez de haber probado otros remedios que el arte aconseja, al uso del mercurio, procurando en cuanto está de su parte que la boca y las encías se inflamen y aun ulceren, porque la esperiencia ha probado en estos casos con hechos irrefragables, que esta inflamacion es la precursora constante y segura de la diminucion y el alivio de la enfermedad principal: efectivamente, la boca se comienza á afectar, y el médico se retira, con la fundada esperanza de que al dia siguiente el estado de la boca habrá aumentado lo necesario para dar toda probabilidad de buen écsito; pero la familia entre tanto, que no ve mas que la aparicion de un nuevo mal, se alarma con este accidente, y escuchando los consejos, que nunca faltan, de alguna visita ó amigo de la casa, se decide á consultar con el médico homeópata, sin anuencia, por supuesto, del pobre alópata, que duerme tranquilo sobre sus laureles: el hombre de los glóbulos se presta desde luego á esta superchería; llega, ve al enfermo, pide las recetas, se lleva entrambas manos á la cabeza, hace otras muecas por el estilo para prestar un lenguaje mudo á su *conciencia alarmada*, y lanza, en fin, las palabras sacramentales y de rigor, *han errado la cura*, fórmula que se convierte, *ipso facto*, en un pasaporte en toda forma para el médico de cabecera. Des-

de el mismo momento se pone en juego la formidable batería liliputiense, con objeto de reparar los males ocasionados por el antecesor, y desalojar el mercurio, que es la causa de aquel gran daño· al dia siguiente la mejoría de la enfermedad principal es evidente, y el homeópata tiene buen cuidado de atribuirse este cambio favorable, sin que ni él ni la familia adviertan que el *mercurio*, á quien se atribuia la víspera todo el mal, y contra el cual se iban á desplegar todos los recursos del arte homeopático, no ha desaparecido de la economía, como lo demuestra el estado de la boca, mas inflamada aún que el dia anterior, y que por lo mismo el enfermo, lejos de encontrarse mejor, debiera hallarse peor, si fuera cierto el error criminal de que se acusaba la víspera al primer médico.

Pero nadie se para en estas pequeñeces, que solo conciernen al que no se halla presente.

El estado de la boca va mejorando poco á poco, aunque en un tiempo triple del que hubiera sido necesario con una medicacion apropiada, y el paciente llega en fin á restablecerse, quedando toda la gloria para aquel que nada ha hecho sino dejar que el padecimiento local determinado por el mercurio dure mas de lo que debiera.

Casos idénticos ú análogos á este que acabo de referir, se presentan diariamente y son la esplicacion de esas curas maravillosas que las personas incautas y faltas de instruccion, se empeñan en ensalzar algunas veces de un modo ridículo, aunque casi siempre con la mejor buena fé.

Suele tambien suceder, no pocas veces, que

el médico de cabecera por razon del grande afecto que tiene al enfermo, y lo preocupa, ó porque es naturalmente pusilánime, ó por otra razon cualquiera, dá un pronóstico alarmante respecto de una enfermedad que en realidad no vale la pena. Si en esas circunstancias es reemplazado por un homeópata, éste se llevará todo el lauro de una curacion que la naturaleza sola ha ejecutado, y su principal título será precisamente el pronóstico desfavorable hecho por el *alópata*. Como sí un médico, por solo el hecho de serlo, y aún snponiéndolo tan instruido como se quiera, no pudiera equivocarse creyendo grave (principalmente en su principio) una enfermedad que en el fondo no lo es; ¡singular contradiccion! cuando se trata de ensalzar á los enemigos de los médicos entonces los pronósticos de éstos, adquieren un valor inmenso para sus mismos detractores

Si á todas estas causas de errror, agregamos las que resultan de la imaginacion de los enfermos, que preocupados con la vehemente idea de sanar y alentados por seductoras y falaces promesas, están prontos á creerse buenos á la menor apariencia de mejoría, y á decir que sienten todos aquellos síntomas que con tanto aplomo se les ha anunciado que esperimentarian; tendremos la esplicacion verdadera de no pocas curas milagrosas que se anuncian por los periódicos, esplotando capciosameute el entusiasmo efímero que aquella ilusion produce en el enfermo y en la familia.

Fácil seria encontrar mil ejemplos de este curiosa *espejismo* [mirage] en que suelen incurrir

los enfermos creyendo alcanzar la salud cuando precisamente están mas léjos de ella; mas me conformo con tomar uno del núm. 6, del tom. 2.° de LA UNION MEDICA DE MEXICO, tanto por su autenticidad, como por referirse á una afeccion que parece tan poco propia para ilusion de esta clase:

"El enfermo era uno de nuestros mas distinguidos y honrados generales, que habia ocupado los puestos mas eminentes, tanto en el régimen colonial como despues de la independencia: hallábase algunos años antes de su muerte con una ambliopía (gota serena) de ambos ojos, de la cual se le habia declarado por los médicos mas acreditados de la capital completamente incurable, y sin poder siquiera distinguir la luz de las tinieblas. En esta sazon, y despues de haber recurrido á cuantos médicos le fueron recomendados, acertó á venir una señora que decia tener de sus ascendientes no sé qué miel ó colirio que puesto por un tiempo que ella fijaba segun las facultades pecuniarias del enfermo, curaba indefectiblemente cualquiera ceguera. ¡El colirio de Tobías hubiera quedado corrido, si ambos hubiesen aparecidos en la misma época!

El pobre general cayó, como otros muchos, en manos de aquel charlatan del secso femenino; ilusion ó realidad, él creyó encontrar despues de la aplicacion del colirio por algunos dias, una cierta *lagaña*, que segun el oráculo, era el signo infalible de la futura curacion: desde entonces la imaginacion del enfermo se fué ecsaltando gradualmente, y cada dia creía encontrar un adelanto en su vista, haciendo con frecuencia par-

ticipar de sus ilusiones á su afligida familia; pero un dia llegó en que todas ellas debian venir abajo de un golpe. Se hallaban en una visita en medio de no poca concurrencia, y como sucede de ordinario en estos casos, giró la conversacion sobre la enfermedad del general, sobre el maravillloso remedio y las curas que ya se habian efectuado con él; esta conversacion acaloró acaso algo mas de lo de costumbre la imaginacion del enfermo, y para dar una prueba irrecusable de los progresos de su curacion, dijo: que á cierta distancia percibia ya bastante bien los objetos, y que en prueba de ello iba á contar las vigas del techo que distinguia con claridad; pasando sin demora á la ejecucion, comenzó á señalar con el dedo compasadamente, acompañando cada movimiento con las palabras una, dos, tres, &c. toda la concurrencia como movida por un resorte, levantó primero los ojos hácia el techo, y luego los fijó con cierta curiosidad impertinente, en la esposa y la hija del infeliz ciego, como pidiendo la esplicacion de aquel enigma; pero las lágrimas que corrian silenciosas por sus megillas, fueron su única respuesta, y la prueba tambien de sus muertas esperanzas.... ¡La sala en que se hallaban tenia *cielo raso!*...."

Mas todo esto podrá todavía parecer poco convincente ó apasionado á los que tengan el ánimo prevenido en favor de este sistema; yo quiero persuadirme que estos tales obran de buena fé, y en este caso voy á proporcionarles la ocasion de salir de su error y de convencerse personalmente de la mala fé de sus protegidos.

Como hemos visto en la esposicion de la doctrino homeopática, el principal fundamento de su medicacion es que, las sustancias medicamentosas tienen la propiedad de producir una enfermedad á la que deben curar; pero un poco mas intensa, y uno de los mas furibundos atletas de la homeopatía, el Dr Simon, ha dicho en uno de sus mas fulminantes escritos: "*En los designios de la naturaleza está que un medicamento desarrolle en el hombre sano uno enfermedad artificial del mismo órden que la que tiene poder de curar.* ES UN HECHO NO SE ENTRA EN DISPUSTA CON LOS HECHOS. [L. Simon, doctrine D'Hanh. p. 51, Paris.] Hemos visto tambien, en la pág. 18, 19 y 21, todo el vigor y la precision de los síntomas producidos por cada medicamento, de suerte que no es posible confundir, y antes bien, debe ser muy fácil distinguirlas unos de otros, teniendo en cuenta los efectos producidos. Pues bien, si quereis convenceros de todo lo que hay de farsa y de impostura en estas aserciones, tomad una de esas cajitas tan coquetas que acompañan siempre á los discípulos de Hanhemann, y haced á su sábio poseedor la proposicion de darle uno, diez, veinte, ó cuantos glóbulos quiera, de una botellita cualquiera, con tal que él que no sepa la que es, y que diga, luego, en virtud de los síntomas que esperimente, cuál es la sustancia de que se componen dichos glóbulos: apostadle en contra todo lo que querais; no temais, ni que acepte siquiera el desafío; porque otro igual ha propuesto hace algun tiempo el Dr. Marmorat al ilustre autor de las arrogantes palabras que acabo de transcribir, y el

guante que todos los homeópatas de Paris, y Mr. Simon á su cabeza, han dejado en tierra, no lo levantará ningun otro, estad seguros de ello.

Teneis además en vuestro apoyo el resultado auténtico de numerosas esperiencias hechas por M. Andral y otros hombres eminentes, cuya ciencia y probidad no pudieran dejar lugar á la duda sobre la verdad y esactitud de los resultados obtenidos, aun cuando esas esperiencias no hubieran sido públicas, y hechas con medicinas preparadas por los mas acreditados farmaúceticos homeópatas.

El resultado de esas esperiencias ha sido constantemente contrario á las pretensiones de los homeópatas: ellas han probado que ni en salud ni durante una enfermedad, los medicamentos preparados de ese modo, producen efecto alguno apreciable.

Ni qué efecto pudieran producir cuando materialmente se puede probar que no hay ni un solo átomo de medicamento en cada uno de esos glóbulos, que con todo el aire de suficiencia de un jugador de cubiletes, saca misteriosamente nuestro héroe.— Si se toma el polvo mas sutil é impalpable que con nuestros medios mecánicos podamos obtener, la esperiencia enseña que son perfectamente visibles sus partículas en el microcopio, y si se les mide allí se encuentra que la mas pequeña no tiene menos de 0,01 demilímetro de diámetro —Es muy fácil hacer esta esperiencia con el tripol.—Ahora bien, yo quiero suponer que los homeópatas, haciendo uso de morteros desconocidos hasta hoy, puedan llegar á obtener por medio de la trituracion, partícula,

diez veces, cien veces menores—no se nos acusará de tacaños en materia de concesiones;—véamos entonces lo que deberá suceder con el medicamento, cuando se traten de formar los susodichos glóbulos. Supongamos que se toma un milímetro cúbico de un medicamento, y que en virtud de esa facultad prodigiosa de pulverizacion que gratuitamente les hemos concedido, puedan formarse de él cien millones (1000.00000) de partículas, las cuales en la primera atenuacion quedarán perfectamente mezcladas con 99 tantos de azúcar; si del total tomamos la centésima parte para mezclarla con otras 99 de azúcar, y si repetimos esta operacion nada mas que por tres veces, como en cada una de éstas la cantidad se ha ido dividiendo por 100, es decir, ha ido perdiendo dos ceros, es claro que en la cuarta atenuacion, cien milímetros cúbicos de azúcar, no contendrán mas de cien partículas de medicamento, de suerte que al ir á tomar la centésima parte de esta mezcla con objeto de hacer la quinta atenuacion, tenemos ya gran probabilidad de tomar pura azúcar; pero demos de barato que todavía en esta vez la cosa marcha con felicidad, y que se logra tomar, á pesar de las probabilidades en contra, una de estas cien partículas, siempre tendremos que en la quinta mezcla solo habrá en los cien milímetros cúbicos de azúcar un cien millonésimo de milímetro (0,0000001 mm) de medicamento, de modo que si se detiene ahí la série de operaciones y se procede á la fabricacion de los *globales*, de entre los doscientos (200) que se podrán hacer con esta cantidad de

vehícula, solo habrá UNO que contenga la ideal cantidad de materia medicamentosa que acabo de designar, y los otros ciento noventa y nueve (199) serán rigorosamente de pura azúcar, de donde se vé que de doscientos enfermos que toman esos encantados glóbulos, solo habrá uno que tome lo que el homeópata pretende darle y todos los otros recibirán rigorosa y matemáticamente puro azúcar;—y como á todos se les hace pagar la misma cantidad, resultan burlados los ciento noventa y nueve (199) enfermos restantes. Pero si en vez de deberse detener en la quinta atenuacion, se sigue la operacion adelante como quieren los homeópatas, hasta treinta ó mas, entonces lo único que se conseguirá es que todos los casi dichos enfermos sufran la suerte de los 199 citados.

El lector lo vé, hemos seguido á los homeópatas á todos los terrenos á que nos han querido conducir, y siempre hemos hallado que su llamada ciencia es absurda en sus fundamentos, ridícula en su aplicacion, y completamente ilusoria en sus resultados, no habiendo en ellos de real y positiva otra cosa que el dinero que sus adeptos se echan en el bolsillo, el cual no tiene nada infinitésimo.

Para quitar todo pretesto á la credulidad, he citado algunos casos, en los cuales las apariencias estaban á su favor; pero fácil es comprender que mi objeto al referir estos ejemplos de equivocaciones, en que de buena fé pueden incurrir los hombres de mejor juicio, interpretando—por falta de una preparacion científica suficiente—como favorables á la homeopatía, he-

chos que nada dicen en su favor, ó que les son realmente contrarios, fácil es comprender, repito, que mi objeto no ha sido agotar el insondable piélago de las innumerables formas con que la ignorancia ó la maldad pueden disfrazarle con el sagrado trage de la ciencia ó de la filantropía, porque esto seria acometer lo imposible; lo único que he procurado, ha sido poner al lector en guardia— permítaseme la espresion—para no dejarse llevar de las primeras impresiones, sino que dé á la razon el tiempo de hablar, y en los casos dudosos haga lo que haria en los hechos de cualquiera otra ciencia de que no tuviese nociones, consultar á los que la conocen; no para adherirse ciegamente á su opinion, sino para pesar en la balanza de su propio juicio los fundamentos de la decision favorable, ó advertir que incuestionablemente tiene derecho de tomar.

Si de este modo se resuelve á obrar, yo estoy seguro que su fallo será, en la inmensa mayoría de casos, decididamente contrario al charlatanismo, bajo cualquiera forma que se pueda presentar. Sin contar con que ante las personas que así se resuelven á hacer uso de la razon en vez de abdicar de ella, no se presentará fácilmente este azote de la humanidad, porque como he dicho ya, él huye de la luz, á semejanza del murciélago, y solo se complace en la oscuridad, ó en una débil luz crepuscular; es decir, que solo á falta total de ciencia ó en el nacimiento de ella, puede campear el charlatanismo. ¿Qué se han hecho si no los maravillosos portentos de la Alquimia? ¿Qué ha sucedido con la astrología, que tan pretentiosa se mostra-

ba antes de Copéricuo y de Galileo? Ambas han huido ante la mirada radiosa de la astronomía y de la química, constituidas hoy definitivamente para todos como ciencias de observacion. Dentro de algunos años, el mas grosero vulgo se reirá de la pueril credulidad de nuestra época, que dá crédito á las curas portentosas de los HOMEOPATAS, y á las maravillosas virtudes de esos *remedios universales*, que bajo el nombre de *purificadores de la sangre*, llenan la última página de nuestros periódicos, como hoy nos reimos nosotros de los que se jactaban de haber hallado la piedra filosofal, ó de preducir por la inspeccion de los astros, el destino futuro de los hombres.

FIN.

FE DE ERRATAS.

DICE.	LEASE.
Pág. 7 lín. 8, supercheria que. . . .	Supercheria de aquellos que,
Pág. 9. lín. 2ª, Hansmanu.	Hanhemann.
Pág. 10, lín. 14, omofon.	omocion.
Pag. 11, lín. 12, aquí todavía,. . . .	aquí, todavía.